

UN DÍA ESPECIAL

Aquella cálida mañana de octubre Madrid lucía sus mejores galas otoñales: un sol radiante iluminaba el horizonte y algunas nubes blanquecinas pululaban por el azul del cielo, mientras que caducas hojas de árbol alfombraban el suelo de hojarasca en calles y parques. La temperatura invitaba a pasear y así decidí hacerlo. Además, tenía un encargo pendiente –de una persona que trata de ayudarme– y decidí que aquel miércoles 23 era un día idóneo para cumplirlo. Para ello tenía que desplazarme al centro de la urbe, a la zona de Callao concretamente, y en cómo llegar hasta el lugar centré mi pensamiento.

Desestimé utilizar mi coche y me dirigí a la parada del autobús 138 que hay junto al parque de Aluche, frente al portal de mi vivienda. Me disponía a pasar una mañana muy especial viviendo una experiencia nueva para mí y de alguna manera “teledirigida” por la persona que me había hecho el “encargo”; pero no me importaba: me sentía como soldado cumpliendo una misión importante y me aprestaba complacido a llevar a cabo la “orden” recibida.

Me apeé del servicio público en la plaza de España, crucé la calle de Leganitos y caminé, Gran Vía arriba, en dirección a la plaza del Callao. Lo hice casi con parsimonia, paseando por sus anchas y remodeladas aceras mientras admiraba la belleza arquitectónica de los edificios, en su mayoría decimonónicos, que flanquean esta arteria capitalina y que ciertamente hacía tiempo no contemplaba, ya que la mayoría de las veces que últimamente había hecho idéntico trayecto lo hice por el asfalto, conduciendo mi propio vehículo y, por tanto, pendiente del tráfico, los semáforos... y privándome de contemplar lo que ahora observaban, extasiados y con detenimiento, mis ojos.

Pero no era esa la “misión” principal a ejecutar ese día y, por consiguiente, pensé que tampoco debería prestar más atención que la que repentinamente me despertó la curiosidad dormida hacía –tengo que admitirlo– largo tiempo... Por tanto, no me costó reconducir mis ideas y reanudar, agilizando el paso, mi trayectoria hasta alcanzar mi destino, sito en el número 8 de la céntrica calle peatonal madrileña Postigo de San Martín: la peculiar y carismática librería La Central... ¡que no conocía!

(He de reconocer que mis incursiones por librerías del centro las dirigí, durante los años de la dictadura –entonces yo era un jovencito con inquietudes, descubriendo acontecimientos históricos que modificaron mi pensamiento–, a las existentes en la calle Mayor, donde de cuando en cuando adquiría algunos libros clandestinamente, editados por editoriales argentinas fundamentalmente, y más tarde en la desaparecida Casa del Libro de Espasa-Calpe, en la Gran Vía madrileña.)

LA CENTRAL: UNA MARAVILLOSA PROVOCACIÓN

La crónica periodística destacaría que la librería La Central (una maravillosa provocación a los sentidos) ocupa los 1.200 metros cuadrados de una casa-palacete del siglo XIX de tres plantas, cuya fachada realzan las cornisas arqueadas que adornan los balcones del primer piso y los ventanales del segundo, todos ellos (balcones y ventanales) protegidos por llamativas balaustradas de cerrajería de hierro forjado pintadas en negro.

Sin embargo, más que el edificio que los alberga (en realidad, y desde mi punto de vista, por la zona existen construcciones decimonónicas, e incluso algunas dieciochescas, más vistosas), la auténtica belleza del vetusto inmueble reside en los más de 70.000 volúmenes que se guardan ordenada y perfectamente clasificados en los numerosos expositores, vitrinas y anaqueles repartidos por los distintos departamentos que ubica un interior extraordinariamente acogedor.

DISPOSICIÓN, CONTENIDOS Y CURIOSIDADES

Siguiendo con la descripción periodística, reseñar que en la planta baja, solada en piedra, nos encontramos con una visión que seduciría al más exigente aficionado a la lectura, sea cual fuere la materia, el tema o la especialidad buscada o deseada: ¡todo está al alcance de la mano del visitante! (y si no lo está, existe la posibilidad de solicitarlo en la sección “libros de encargo”).

Concretamente en este espacio se hallan las secciones dedicadas a cuentos y libros infantiles y juveniles; una estantería con los libros más vendidos (paradójicamente siempre he huido de esta sugerencia absolutamente comercial, que “premia” los intereses de las editoriales más poderosas en detrimento de autores de calidad pero de menor renombre...); también un espacio con los libros que “La Central recomienda”, y otra estantería (ésta sí me gustó) dedicada a “los lectores recomiendan”, en la que, en efecto, los lectores reseñan para orientación de otros lectores potenciales sus títulos preferidos, la editorial, los comentarios que el libro recomendado les merece, etc. Interesante.

A la izquierda de esta planta baja se encuentra la caja y, al fondo, la cafetería-restaurante El Patio de La Central, con numerosas mesas y mesitas distribuidas en su superficie, ideales para disfrutar de la lectura mientras se saborea un humeante café o la consumición deseada. Se sirven desayunos, meriendas, y el restaurante ofrece un menú al precio de 10,50 euros. Como mera curiosidad, señalar que ese día (miércoles) lo componían, como primeros platos, crema de champiñón, pisto con huevo y poquetitos crujientes con verduras; y como segundos, solomillo de cerdo en salsa, san jacobos y vegetales con tomate. Claro que para mí lo importante no era la variedad

culinaria, sino la existencia de una cafetería-restaurante en una librería: ¡nunca lo había visto en comercios semejantes!

Añadir que en esta planta baja existe una escalera que desciende al sótano, a un espacio denominado El Garito, pero donde ese día estaba colocado un cartel que rezaba: “Accesible sólo a personas autorizadas”. Sin embargo, mi curiosidad alimentada por mi deformación profesional me animó a traspasar la “prohibición” y husmear en su interior, antojándoseme que la sala subterránea bien podría servir para celebrar reuniones o actos literarios. No iba desencaminado mi “olfato periodístico”, ya que posteriormente me informé de que el espacio también era utilizado como coctelería en eventos relacionados con el mundo de las artes y las letras u otros actos lúdicos.

Para ascender a la primera planta puede elegirse hacerlo por ascensor o por las escaleras, sin duda la opción más recomendable ya que en los descansillos se exhiben expositores repletos de libros, y en las paredes de sus tramos de escalera se adosan anaqueles con libros de diferentes temas y propuestas, que pueden visionarse mientras se va ascendiendo por los peldaños de madera y se accede a las plantas superiores (con suelos que combinan la madera y el azulejo). Pero la belleza contemplativa reside en los museísticos techos, algunos abovedados, en los que no falta la decoración ornamentada por bonitos frescos.

Un patio interior, adornado con cereales secos, contribuye a iluminar con luz natural todas las estancias del inmueble, que también potencia la filtrada por los balcones y ventanales exteriores.

En la citada planta primera se exhiben libros de artes gráficas, cocina, narrativa, poesía, y también hay sección de novedades, libros de encargo y papelería; mientras que el segundo piso se reserva para almacenar y exponer libros de arte, artes escénicas, ciencias, ciencias sociales, clásicos, crítica literaria, historia, filosofía, música, teatro... ¡De TODO, absolutamente de TODO tipo de libros, hay en esta viña del Señor llamada La Central!

Tampoco faltan los espacios reservados a narrativa (original y/o traducida) anglosajona, francesa, americana, catalana..., así como mostradores con novedades dedicadas a cada una de las materias exhibidas en el carismático local (¡todas las habidas y por haber!).

Y finalmente, para terminar nuestro recorrido por el interior de esta peculiar “megalibrería”, nos encontramos con que en la segunda planta hay un indicador que señala hacia la buhardilla y que identifica como “Aula”. Sin embargo, mi instinto me advirtió de que allí no había —ese día y en ese momento— nada de interés porque, de hecho, la puerta de acceso se hallaba sellada a cal y canto...

MIS IMPRESIONES

No obstante, a este “soldado” se le pedía contar la impresión que le pudiera causar la contemplación de tan peculiar museo de las artes y de las letras, y no la mera descripción periodística expuesta en párrafos anteriores. Por tanto, no puedo evadirme del cometido prioritario que me llevó a la céntrica calle peatonal Postigo de San Martín, ni ocultar el positivo impacto que recibieron las retinas de este lector empedernido.

Pues bien, comienzo remedando lo que dijera Miguel de Unamuno a Millán Astray refiriéndose a la Universidad de Salamanca, que entonces regentaba el ilustre escritor vasco: “¡Está usted en el templo de la cultura y, como rector que soy, no admito que en su interior se den vivas a la muerte!”, así como su no menos famoso correctivo de “¡venceréis, pero no convenceréis!”, dirigido a las tropas que se levantaron en armas contra la República Española en 1936. Ésta fue, como apunto, una de las primeras (¡de las muchas!) impresiones que recibí al pisar el interior del recinto: que penetraba en un auténtico **templo de la cultura**.

Pero quizá la primera sensación que sacudió mi sensibilidad fue, nada más traspasar el umbral de la puerta de acceso a este “templo de la cultura” que es La Central, percibir ese “olor especial” que emana de las artes gráficas: a papel, a tinta fresca, a encuadernación... ¡A LIBRO IMPRESO, con mayúsculas, en definitiva! Qué distinta sensación me produce palpar con mis dedos, sujetar entre mis manos, un volumen impreso... con todos mis respetos a los modernos y muy en boga *e-books*, que, en lo que a mí respecta, nunca podrán suplantar –reitero– la sensación que, como he comentado, siento con un libro con cubiertas y páginas de papel entre mis manos, dispuesto a comenzar su lectura: ¡qué felicidad previa me invade!

Pero las citadas no fueron las únicas impresiones positivas que nutrieron mi sensibilidad: hubiera permanecido horas y horas en aquel templo de la cultura madrileño, como si se hubieran detenido las agujas del reloj y para mí no transcurriera el tiempo... Entre otras razones, porque me sentí como en un museo contemplando obras de arte y no como en una simple librería (con todos los respetos del término a tan imponente museo de las artes y las letras impresas que es La Central).

Sin ningún género de duda, fue una experiencia enormemente positiva... y repetible (¡no irreplicable, conste!), quizá la mejor lectura extraída... ¡Se puede y puedo! Tuve que abstraerme y hacer un enorme esfuerzo para no comprar ningún libro, mas no era ése mi cometido aquel día... ¡Pero regresaré y...!

¡Gracias, María!

Antonio Rojas